

La decadencia se manifestaba en todas partes; los mismos tribunales empezaban a traspasar las leyes promulgadas por Luis XIV; cabalmente cuando el rey se aplicaba con ahinco a borrar el último resto de las libertades municipales a favor del monótono absolutismo real, se veía ya decaer su autoridad. El ejército estaba descontento y se observaban síntomas de motines. En la última guerra se habían amotinado compañías enteras, pero a la sazón los desobedientes eran ya jefes, comandantes y generales. Todo el edificio militar creado por Louvois vacilaba, no pudiendo resistir a las exigencias desmesuradas de la política de Luis XIV, tanto que este, a fin de tener propicios a los jefes de alta graduación, se vio obligado a retroceder al régimen antiguo, feudal y de gobierno de caudillos, devolviendo a los comandantes el



Vauban, Mariscal de Francia
Copia de un grabado de Bertonnier, sacado del cuadro original de Rigaud

derecho de nombrar sus oficiales subalternos, cuando el mérito mas grande de Louvois había consistido cabalmente en haber hecho desaparecer los últimos rastros de tan fatal y antiguo sistema. En todo el país reinaba el descontento por el mal estado de la cosa pública. La guerra que había durado diez años, lucha terrible contra toda la Europa reunida, había aniquilado todos los buenos resultados de una administración hábil y activa, dejando solo los perjuicios irrogados y los vicios que se habían introducido. El gobierno tuvo que confesar el empobrecimiento general y la disminución de la población, ocultando naturalmente con cuidado los documentos que demostraban tan tristes consecuencias para que no traspasaran al público.

Ya en el año 1688 había presentado Vauban al rey con heróica impavidez las deplorables consecuencias de la expulsión de los hugonotes, en las palabras siguientes que enaltecen a aquel hombre:

dencia de los copiadore de la secretaria secreta del rey, de la correspondencia de Louvois y de Aquiles de Harley, primer presidente del parlamento de Paris, del archivo del ministerio de marina y de los partes de la policia. La eleccion está hecha con gran tacto, y conservada minuciosamente la ortografia. En los documentos se han suprimido los párrafos que no ofrecen interés, y el resto está dilucidado y resumido en introducciones que preceden á las diferentes secciones.

Véase tambien *P. Clément, Le gouvernement de Louis XIV, des 1683 hasta 1689.* Paris 1849.

«De cinco años á esta parte ha perdido la Francia 100,000 franceses y 60 millones de libras; su comercio está arruinado, y las escuadras y los ejércitos enemigos se han aumentado (por efecto de la expulsión de los hugonotes) con 9,000 de nuestros mejores marinos, 600 oficiales de ejército y 12,000 soldados veteranos.» En las costas del Poitou y de Normandía había cesado casi por completo el comercio marítimo, porque toda aquella población era protestante y había emigrado al extranjero huyendo de la persecución. Peores consecuencias tuvieron la guerra y el hambre. En muchos distritos como en la Flandes occidental, Tours y Alençon había bajado la población a la mitad; en Troyes, de 50,000 habitantes solo quedaban 20,000; en Burdeos no había ya mas que 34,000 y en Lyon 69,000 almas. En toda la provincia de Picardía resultó despues de la guerra una disminución de una dozava parte de la población; en el Delfinado había disminuido en una octava parte y en el Perigord en un tercio. Cientos de miles de infelices habían muerto de hambre, y en los mismos alrededores de Paris era pésimo el estado sanitario á consecuencia de la mala é insuficiente alimentacion. Segun cálculos muy moderados había disminuido la población total del reino en dos millones de almas; pero donde el mal presentaba mayores proporciones era en los distritos fronterizos sobre los cuales había cargado mas el peso de la guerra; la pequeña provincia de Artois que pagaba anualmente solo 400,000 libras de contribucion, tuvo que aprontar durante la guerra por valor de 100,000 libras anuales en víveres para las tropas, y la provincia de los tres obispados, poco mas populosa que la anterior, suministró hasta 5 millones de libras! En la Beauce, distrito célebre por su feracidad, se alimentaba la población rural solo de pan de centeno y de gachas de avena, á cuyos alimentos los mas ricos añadian un poco de carne salada y vino mezclado con agua. En las ciudades la guerra había fomentado algunos ramos de industria, pero en general estaba aniquilada la industria francesa que Colbert había hecho florecer con tanto trabajo y á costa de la agricultura; porque la guerra imponía por una parte contribuciones imposibles y por otra cerraba las fronteras á la exportacion. Los fabricantes de paños y sus operarios en el Norte de Francia habían disminuido en una mitad, porque la otra mitad había emigrado á Holanda. La industria lanera de Reims, la de lino de la Normandía y la sedera de Lyon apenas daban señales de vida. La exportacion de Ruan estaba reducida á una décima parte de lo que era antes y solo arrojaba anualmente 167,271 libras de derechos de aduana. La pesca de bacalao ocupaba solo 40 buques normandos en lugar de 200; y los navieros de Granville conservaban de sus 40 buques de gran porte solo 81. De los 24,000 telares de seda que antes de la guerra trabajaban en Lyon, solo funcionaban la sexta parte, ó sean 4,000. Todo el comercio del Languedoc estaba reducido á 24 millones de libras anuales, mientras la misma provincia pagaba 18 millones de contribucion. En la region administrativa de Orleans, una de las mayores para la hacienda, había 6182 comerciantes y 7747 empleados del gobierno.

Quiso el rey reanimar el comercio y resolvió fundar la gran «Compañía del Senegal» concediéndole muchas ventajas y franquicias; pero no se encontraron capitalistas en número suficiente para hacer viable la empresa. Las hermosas calzadas que desde Enrique IV eran el orgullo y patrimonio exclusivo de la Francia se hallaban en un estado lastimoso, porque no había un cuarto para dedicarlo á su recomposicion y entretenimiento; tanto que las vias principales de comunicacion del reino, que conducian desde Paris hacia el Norte y Oeste, estaban durante ocho meses del año literalmente

intransitables. Entre la Bretaña y la Normandía era imposible el tráfico por falta de caminos, y á causa de haberse hundido los puentes no podían atravesarse los rios. En el distrito de Montauban en el Mediodía había quedado solo un puente en pié, y los caminos eran intransitables para vehiculos de ruedas.

Tanta miseria y tantos sacrificios ni siquiera habían servido para adquirir gloria, sino muy al contrario para quedar el país y el monarca derrotados. Los ensueños dorados y la embriaguez de la victoria y de la gloria se habían evaporado, y las pérdidas materiales y morales, así como las cargas exorbitantes que el gobierno había impuesto á la nación quedarón; de suerte que todas las clases de la población sentían doblemente los sacrificios que les costaba el despotismo real. Descubriéronse conspiraciones organizadas contra el rey; los grandes se indignaban de la nulidad á que se los había reducido; la nobleza estaba exasperada á causa del pesadísimo servicio gratuito que durante tantos años de guerra había tenido que prestar, mientras el gobierno le cerraba sus recursos sobrecargando á sus súbditos de contribuciones que les ponían en la imposibilidad de satisfacer á su señor territorial los pechos y demás tributos que le debían. La clase media, la de las ciudades se quejaba de la disminución del trabajo y de la pérdida de la riqueza nacional; y el pueblo bajo sufría y callaba, porque la miseria le había quitado el brio y la fuerza para quejarse.

Poco antes de la guerra se habían calculado los ingresos líquidos del tesoro en 120 millones de libras anuales; y despues de la guerra y no obstante ser en mayor número, mas crecidas y mas onerosas las contribuciones, habían bajado á 112 millones.

El rey reconoció la necesidad de introducir grandes reformas; pero le faltaban los conocimientos, y á sus ministros la inspiracion para dar con ellas y establecerlas con la vasta prevision y la energía de Colbert y de Louvois. Suprimiéronse, como era natural despues de la paz, las contribuciones extraordinarias de guerra, en especial la capitacion, y se licenció una parte del ejército; pero las arcas reales se encontraron en tal apuro, que hubo que imponer fuertes sumas á todos los empleados de hacienda y que apelar á la venta de monopolios mercantiles y á la contratacion de nuevos empréstitos. El ejército que constaba de 107 regimientos de caballería con un total de 52,000 hombres, 44 de dragones con 20,000 hombres y 160 de infantería con 240,000 hombres, fué reducido á un total de 110,000 á 120,000 hombres. A estas disposiciones siguieron otras relativas á la industria por cierto peregrinas. Como el rey no tenía dinero para auxiliarla envió á particulares opulentos á establecer fábricas en ciudades determinadas, y los industriales esquivos de quienes se sospechó que trataban de emigrar al extranjero fueron encerrados en la Bastilla. Inútil es decir cuáles fueron los resultados de semejantes medidas. No menos extrañas fueron las que el gobierno tomó para levantar las colonias, cuyo comercio estaba completamente destruido por la guerra marítima. El recurso de que echó mano para devolver á aquellas posesiones su prosperidad perdida fué destinar á ellas á todos los presidarios que habían cumplido sus condenas. Entre todos estos territorios apartados ninguno interesaba tanto á Luis XIV como la cuenca del majestuoso Mississippi, á la cual los arrojados exploradores franceses habían dado el nombre de Luisiana en honor de su gran rey. A toda costa quería Luis colonizar aquel país, sobre todo las dos orillas del rio, pero la torpeza del espíritu francés para tales empresas no se desmintió en esta ocasion, y tan imperceptible fué el éxito que en el año 1712 solo se contaban en aquel país 25 familias francesas, las primeras

que habían podido decidirse á establecerse allí. Quiso el rey tambien hacer desaparecer la carestía y la pobreza, como quien las prohíbe de real orden. ¿Quién había de tener la culpa de ellas sino los usureros y monopolizadores del trigo? Fueron pues enviados á la cárcel; y en cuanto á los pobres, los que no podían ocuparse en la construccion de carreteras ó no encontraban puesto en los hospicios, reducidos y escasos, fueron llevados á remar en las galeras, segun se decía por cinco años, pero en realidad por toda la vida si no tenían la dicha de ser transportados al cabo de algun tiempo á las colonias y á sus establecimientos penales para fomentar allí la prosperidad y la riqueza! El resto de la pobreza que aun pudiera quedar despues de tan sábias disposiciones debió desaparecer, en concepto del monarca, por medio de una ley que dió contra el lujo, y que naturalmente tuvo la suerte de las demás, es decir, que quedó letra muerta. Despues de tan preclaros hechos en favor de la felicidad nacional, bien tenía razon Luis XIV de conmemorarlos con una medalla que mandó acuñar, en la cual se daba el título modesto de «Providencia salvadora» ó *Providentia servatrix*. ¡Lástima que tan gran felicidad creada con calabozos, galeras y arbitrariedades de la policia se interrumpiera de nuevo al cabo de tres años por aquella misma providencia salvadora que provocó una nueva guerra mas fiera y terrible que las anteriores!

¡Lástima tambien que el mismo rey volviera á dar el ejemplo del antiguo lujo derrochador y á fomentarlo en los demás! Ni los reveses de fortuna, ni la devocion, ni la pobreza del erario que no dejaba disponible un solo céntimo para auxiliar á la industria y aliviar la miseria pública, habían podido ahogar en el gran rey Sol la pasion de la ostentacion y del fausto.

Luis XIV tenía el triste valor del egoismo. En las grandes maniobras militares que durante 30 días se hicieron en 1698 en el campamento de Compiègne, todos los jefes desde el mariscal al capitán tuvieron que rivalizar de real orden en lujo, gasto y pompa. Lo que allí en efecto se gastó fué inmenso; pero satisfecho S. M. mandó repartir despues gratificaciones del tesoro, que no tenía fondos para atender á los gastos ordinarios. Cada capitán recibió 3,000 pesetas (600 libras) y así en proporcion los demás: al mariscal Boufflers tocaron 600,000 pesetas! pero, dice Saint Simon en sus notas, «esto era para cada agraciado como una gota de agua que cae sobre una piedra candente.»

No contento con esto, volvió el rey á sus construccion, tan costosas como si su vida hubiese de ser eterna, pues á la sazón tenía ya sesenta años, y como si en el país no reinara la miseria, ni disminuyera rápidamente la población, ni hubiera carreteras intransitables, ni puentes desmoronados, ni canales por concluir. En vano le suplicó y reprendió la señora de Maintenon; en vano exclamó: «¿qué será del pueblo?» El rey quería que el palacio de Marly sobrepusiera al de Versalles. Su sed inextinguible de gloriarse recibió un nuevo impulso con sus tendencias devotas, y además de palacios, se puso á construir y hermosear, ó á echar á perder iglesias.

Desfiguró con un altar y un coro especiales la iglesia de Nuestra Señora en Paris y elevó templos suntuosos junto al cuartel de Inválidos y en el palacio de Versalles. Mandó trasformar por completo la plaza de Vendome, apenas concluida, y erigir en su centro su propia estatua ecuestre, de grandes proporciones, delante de la cual se ejecutaron ceremonias de veneracion y adoracion verdaderamente gentílicas é idólatras.

En la nacion había cambiado entretanto muchísimo la corriente de la opinion, y era muy diferente ya de la que prevalecía en la corte y en las esferas oficiales. En el público

se manifestaba por medio de folletos dirigidos contra la misma persona del rey, y que se leían con afán. Antes entraban del extranjero donde se imprimían, pero después de tanta miseria y tristezas como había acarreado al país la segunda guerra de coalición, se veían los enemigos de Luis XIV bastante apoyados por la opinión pública para imprimir sus folletos en Francia, sobre todo en el Mediodía y las provincias de Levante, aunque la policía perseguía inexorable a los autores y propagadores de estos escritos. Los que fueron habidos murieron en el patíbulo o en los calabozos, y sin embargo no produjo este rigor ningún escarmiento. Se vendían demasiado bien estos folletos, y era demasiado grande la secreta connivencia de ciertos empleados con sus autores para que pudiera cesar ni disminuir su venta. Al ver la esterilidad de sus medidas terroríficas apesadumbróse mucho el rey que siendo «el padre del pueblo francés» no podía explicarse cómo y por qué sus súbditos podían «trabajar para sus enemigos».

No se limitó la oposición a echar mano para sus fines, de la literatura efímera de hojas volantes y folletos, sino que también se infiltró en la literatura magistral y perenne donde sus efectos fueron duraderos, profundos y constantes, atrayendo a su partido a las generaciones jóvenes. Esta oposición sutil y adecuada a las circunstancias, se abrió así el camino hasta a los nietos del monarca, nada menos que en la persona de Fenelon, cuyo ideal de la educación de príncipes era enteramente opuesto a las ideas, principios y tendencias de Luis XIV, porque ya en las conversaciones de difuntos que Fenelon escribió para sus discípulos, designa la soberbia, el despotismo, la afición a las lisonjas como los defectos peores y más funestos de los reyes. Para que sus discípulos no olvidaran estos preceptos después del nombramiento y alejamiento de su maestro con motivo de la dignidad arzobispal de Cambray, escribió su *Télémaque*, para repetir e inculcar de nuevo su doctrina a sus regios alumnos; porque lejos de escribir este libro para ser publicado como obra de gran imaginación, lo escribió exclusivamente como serie de lecciones instructivas ataviadas con brillante ropaje, para jóvenes destinados a gobernar algún día una nación. En sus discursos explica el sabio mentor la doctrina de su absolutismo ilustrado, doctrina que pusieron en práctica Federico II de Prusia y José II de Austria en el siglo xviii. También hubiera querido realizar Luis XVI a fines del mismo siglo la teoría de que el rey no era rey simplemente para serlo, sino para el pueblo cuyo amor debía tratar de merecer con todas sus fuerzas; que no debía explotarse al pueblo para satisfacer los caprichos, vicios y ambición de uno solo, y que en una palabra el rey debía considerarse como el servidor y guarda de las leyes; pero en Francia ya era tarde. La indiscreción de un copista facilitó una copia del libro de Fenelon a un editor holandés, que publicó el *Télémaque* en el Haya en 1699. Luis XIV conoció luego la tendencia de la obra y se mostró irradísimo contra ella y contra el autor, procurando perderle cerca de la curia romana, donde pidió con empeño que se persiguiese al elevado dignatario de la Iglesia que la había escrito. En efecto, apenas se puso la obra al alcance de todo el mundo, cuando se apoderaron de ella todos los enemigos del rey, haciendo paralelos y comparaciones entre sus personajes y los de la corte de Luis XIV. Este jamás perdonó al arzobispo, que por su parte estaba muy lejos de sospechar que era el primer precursor de la gran tempestad revolucionaria que debía descargar un siglo después sobre la Francia.

Además del príncipe de la Iglesia se pronunció uno de los primeros dignatarios laicos contra el sistema gubernativo del «gran rey», dejando oír su lúgubre advertencia. Era

Vauban. Hasta aquí la oposición había sido leal y científica por parte de los servidores más fieles del trono; pero éste los rechazó, y cambió la oposición leal en hostil y revolucionaria. Vauban, en sus innumerables viajes a las fortalezas francesas que construyó, mejoró, ensanchó e inspeccionó, había tenido muchas ocasiones de observar con su penetrante espíritu de matemático, el estado del país y de los habitantes; y todas las observaciones que hacía las apuntaba en un libro de memorias que constantemente llevaba consigo. De cada viaje volvía más triste, más impresionado, con reflexiones más negras. En su obra, el *Dixme royale*, la primera obra estadística de Francia, dice: «El resultado de todas mis investigaciones es que casi la décima parte de los franceses está reducida a la mendicidad, y que efectivamente solo vive de ella. De las nueve partes restantes, cinco no tienen con qué dar a los mendigos una limosna; de las otras cuatro partes, tres gimen agobiadas de deudas y pleitos; y el resto de la población que puede calcularse a lo más en 100,000 familias, está compuesto de algunos altos personajes del ejército, del foro y del clero, a los cuales agregó la nobleza, los empleados, los comerciantes ricos y algunas otras familias opulentas de la clase media.» No se ocultaron a la admirable sagacidad de Vauban las causas principales de tan triste cuadro; en primer lugar señala la desigualdad con que estaban repartidos los tributos que pesaban preferentemente sobre las clases más pobres, mientras que las personas y clases que más beneficios directos obtienen del país eran cabalmente las que estaban exentas de toda contribución. El remedio que propuso Vauban era poco acertado, pero esto es muy excusable, porque entonces no existía la ciencia de la economía política, ni teoría sana ni experiencia ninguna respecto de este ramo; y así no es de extrañar que Vauban propusiera reemplazar todas las diferentes contribuciones con una sola sobre la renta, debiendo pagar todos los súbditos franceses desde el jornalero hasta el príncipe la décima parte de sus ingresos. La idea de la igualdad de las cargas cundió; muy pronto se hizo el grito de guerra de las tendencias liberales opositoras; fué uno de los primeros axiomas que realizó la revolución, y luego una conquista permanente de la humanidad que pronto pasó de la Francia a otros países. No fué, sin embargo, esta idea del gusto de Luis XIV, el rey soberbio, despreciador del pueblo, déspota por sistema, el cual se llenó de ira al verla expuesta en el libro de Vauban de un modo que tan categóricamente condenaba su sistema de gobierno. Mandó confiscar y destruir la obra, y descargó todo su odio sobre el autor, que murió de pesar pocos días después, en el mes de marzo de 1707 (1).

La idea de Vauban estaba sin embargo en la atmósfera, porque al propio tiempo que él llegó a la misma conclusión el consejero del parlamento de Ruan, Boisguillebert, como se ve en su obra: *Détail de la France sous Louis XIV*. Quería este estadista con mucha razón que se aboliesen todas las gabelas y contribuciones que perjudicaban a la agricultura y el comercio; que el arte y sistema tributarios tuviesen por mira principal el fomento del bienestar del pueblo, y solo en segunda línea la satisfacción de las necesidades del Estado como potencia; quería que ni los arrendadores o contratistas de la cobranza de contribuciones, ni el rey ni la Iglesia quitasen al pueblo la libertad y los medios de trabajar y de comerciar. «¡Quince millones de seres humanos, exclama con exageración revolucionaria ya, alzan su voz contra trescientas personas que se enriquecen con su ruina!»

¡Qué contraste ofrece esta voz en favor del pueblo y de sus intereses con las ideas de Luis XIV acerca de la mo-

(1) Véase MICHEL, *Histoire de Vauban*, Paris 1879.

narquía y del trono! ¡Esta voz significa ya toda una revolución!

Tal era la oposición política, a la cual se agregó la religiosa en literatura. Fontanelle atacó en sus sátiras atrevidas y chispeantes al gobierno de los jesuitas y los fraudes del clero y trató de hacer accesibles al público de un modo fácil y agradable las doctrinas de Descartes y de Copérnico sobre el universo. Otro combatiente más importante que el anterior, fué Pedro Bayle, que vivió desde 1647 hasta 1706. Era protestante acérrimo, y luego se hizo apóstol de las doctrinas cartesianas, pero con más valor que su maestro, dispuesto siempre a sufrir el martirio por sus convicciones, tanto que si antes le perseguían los católicos, le persiguieron después también los calvinistas. Su tema principal fué la tolerancia religiosa, tanto respecto del ateo como del mahometano, judío y cristiano de cualquiera secta que fuese. Predicaba en segundo lugar la guerra contra la superstición y el fanatismo, como los dos deberes más imprescindibles de todo hombre honrado. Su diccionario histórico crítico que publicó en 1696 tuvo un éxito asombroso, que duró hasta la mitad del siglo siguiente, llamando la atención de todas las personas ilustradas. Partiendo de la base de Descartes de empezar por la duda, llega razonando a la convicción de que es imposible conciliar la religión revelada con la razón; y sin titubear lo proclamó así tratando de probarlo con datos filosóficos e históricos, citando personajes como David y Abraham, tan ensalzados por la Sagrada Escritura, pero a los cuales presenta como caracteres poco dignos de alabanza bajo el punto de vista de la moralidad. De este modo fué el fundador hasta cierto grado del examen crítico y neutral de la Biblia, cuya autoridad hasta entonces nadie se había atrevido a atacar y a lo más se había despreciado o prescindido de ella tácitamente. También fué Bayle el primero que planteó clara y explícitamente el difícilísimo problema de poner acordes los males y la perversidad del mundo con la bondad y omnipotencia de Dios. A estas dudas no encuentra Bayle solución en sus obras, pero las plantea en lenguaje franco, preciso, atrevido, inteligible y aun dramático, y las funda en consideraciones que muestran una erudición vasta, ajena a la pedantería, y que domina perfectamente todos los ramos con que se roza la cuestión. Este diccionario tan profundo a la par que compendioso, agradable y accesible a todas las inteligencias, que en un tono, en un espíritu y un modo populares trataba todas las cuestiones teológicas y metafísicas, fué el precursor de Voltaire y de los enciclopedistas, y formó el contraste más completo con el sistema tan conservador, tan tenaz e hinchado de dignidad de Luis XIV. Miles de sus súbditos, los más ilustrados, devoraron esta obra prohibida; un grandísimo número de autores empezaron a trabajar en esta dirección, y cada día se escapaban más inteligencias del círculo de hierro en que Luis XIV creía haberlas encerrado.

A medida que alzaban la voz estos adversarios atrevidos de un sistema y un mundo condenados ya, decaía rápidamente el llamado «clasicismo» en la literatura. Con la muerte de Colbert y la guerra contra la segunda coalición habíase roto el lazo material que unía a Luis XIV con el mundo literario, porque no solamente tuvo que suprimir las pensiones que pagaba a los autores, sino hasta las asignaciones que cobraban las academias para subvenir a su sostenimiento. A esta ruptura material, correspondió la interior o moral, porque la literatura empezó a entrar en nuevas vías. La controversia pueril provocada por Perrault en 1687 con su poesía sobre «el siglo de Luis el Grande», y después con su «Paralelo entre los Antiguos y los Modernos», fué en realidad una sublevación de la oposición naciente y joven

contra el ideal antiguo espúreo y desfigurado que el clasicismo francés había tratado de imponer al mundo como ideal de buena ley y verdadero.

Aunque eran necias y fruto de una grandísima ignorancia las ideas y razones que daban los «modernos», el hecho indudable es que defendían el derecho que tiene cada época de desarrollarse a su gusto, según su índole, y de no aceptar reglas impuestas por nadie. Acaudillaba el partido contrario o el de los «antiguos» Boileau, como perteneciente a este grupo, y como cortesano que defendía al mismo tiempo los grandes poetas de su gran rey. Hizo la defensa de los poetas antiguos probando la excelencia de Pindaro con una oda al estilo de las del poeta tebano, en la cual celebraba la toma de Namur por Luis XIV. Fontanelle y Bayle arrastrados por la corriente de libre examen estaban afiliados al partido asaz extravagante de los «modernos», cosa que en otros tiempos no les habría permitido hacer su talento práctico, y calificaron el *númen antiguo* de Boileau de apto todo lo más para producir cánticos de Iglesia.

La verdad era que había pasado para no volver el reinado de los «antiguos», del apogeo de Luis XIV. Racine ya no regalaba piezas de teatro al público, y Lafontaine compuso sus últimas fábulas, inferiores a las anteriores, y murió en 1695. Boileau ya no encontraba aplausos para su arsenal inagotable de epístolas, odas y sátiras. Boyer y Lafosse, discípulos de Racine, seguían componiendo dramas en armoniosos versos, y tiradas solemnes y altisonantes, pero eran creaciones sin vida, máquinas inertes, imitaciones serviles de su maestro sin su habilidad dramática, sin caracteres bien delineados, sin interés. Luis XIV vio esta decadencia de la poesía elevada y se apesadumbró por ella, porque la consideraba en su vanidad obra suya, resultado de la época heroica que él, el rey Sol, había dado a la Francia, y en la cual el país debía distinguirse en todos los ramos. ¿Cómo era posible que decayera la poesía clásica francesa cuando según el método de Boileau bastaba tener un genio vivo y mediano talento para llegar a ser, guiado por su doctrina, un poeta excelente? Esto no podía durar así y en su consecuencia escogió Luis XIV a un joven diestro de edad de 17 años, llamado Lagrange Chancel, y le entregó a Racine con orden de hacer de él un gran poeta trágico. Salíó trágico, pero de aquellos de agua azucarada, melifluos e inaguantables. El experimento resultó fallido.

En la comedia se sintió también la decadencia aunque no tan pronta y lastimosa. El poeta más afortunado en este ramo era Regnard, pero solo tratándose de situaciones cómicas y chistes de mero adorno; pues no alcanzaba la verdadera esencia de la comedia, la creación y pintura de caracteres verdaderamente cómicos. Sus competidores no merecen recordarse; nadie se acuerda de ellos y aun en su época solo lograron cautivar por momentos la atención del público haciendo la apología de sus defectos y vicios.

Como sucede siempre en periodos de decadencia, floreció también en Francia la literatura satírica cuando todo lo demás decaía. A este ramo pertenecen los *Caractères* que La Bruyère publicó en 1688 y que ya tuvimos ocasión de mencionar. Estas críticas no solamente escarnecen con infinita sagacidad y finísimo tacto los defectos y las necesidades humanas, sino que se dirigen expresa y directamente contra la propia época y contra la misma sociedad y política de la Francia; porque este autor dice en un pasaje: «El individuo que ha nacido en Francia y como francés es cristiano, tiene el campo muy limitado para escribir sátiras; todos los objetos grandes le están vedados.» Mucho se burla de la hipócrita santurronería que rodea al monarca después que este se había acordado de hacerse devoto. Mas que La Bruyère

oculta sus aceradas saetas Le Sage bajo un disfraz alegre y abigarrado, pero dan todas en el blanco á donde van dirigidas.

Con razon se ha dicho de Le Sage que es otro La Bruyère puesto en escena. En sus novelas satíricas sigue el estilo picaresco español, tanto en la distribucion general, como en la eleccion de los sitios donde se desarrollan los sucesos; pero el espíritu que domina en sus obras y el modo acerado y sutil con que escarnece la corrupcion que lo invade todo bajo el gobierno de un déspota viejo, le eleva mucho mas alto que sus competidores españoles. Con exactitud inflexible retrata los cortesanos egoistas, intrigantes, desprovistos de todo talento; los prelados hipócritas y ambiciosos; los jueces venales, prevaricadores y serviles; los médicos charlatanes; los autores esclavos de los caprichos del público y de la corriente de la moda; los criados pícaros y ladinos; los esta-



Alan Renato Le Sage
copia del grabado de J. B. Guelard sacado del cuadro original hecho por el mismo

fadores atrevidos; las mujeres sin virtud, buscando solo placeres y oro; la falta y ausencia completa de elevacion de carácter y de ideales dignos en todas las clases, tales como habia acabado por formarlas el régimen del gran rey Luis XIV, y finalmente, toda ostentacion exterior con la vaciedad completa interior. El espíritu que anima todas las obras de Le Sage, y en especial su *Gil Blas*, es el espíritu de la clase media sana, robusta y franca que se subleva contra las clases dominadoras, egoistas, desmoralizadas, rastreras y serviles con sus casacas de librea galoneada; es la oposicion que dominó en el siglo siguiente, el XVIII. Este espíritu no es solo el alma de las obras de Le Sage, sino que se manifiesta con igual pujanza en la forma del estilo tan ligero, fácil, gracioso sin afectacion, tan natural y, sin embargo, tan magistral y acertado, el extremo opuesto del llamado clasicismo con su aristocrática tiesura y aire pretencioso. Le Sage fué en esto el maestro del siglo de los Voltaire y Diderot; su *Gil Blas* es el precursor de Figaro, sátira chistosa y sangrienta de la aristocracia cortesana y burocrática.

Hemos tenido ya ocasion de indicar la relacion íntima que

existia entre la oposicion religiosa y la política y social. En vano Bossuet trató de justificar posteriormente su celo en la persecucion de los hugonotes, con los ataques que con espíritu de mofa dirigió contra la religion reformada en su *Historia de las Variaciones de la Iglesia protestante*; fué en vano y tarde, porque entonces habia ya La Bruyère recomendado en sus *Caractères* al rey la paciencia y la tolerancia en lugar de la crueldad é intolerancia contra los que opinaban de distinta manera. El atrevido escepticismo de Bayle habia ganado muchos prosélitos en las clases superiores de la sociedad, llamadas á defender las instituciones del trono y del altar; porque la verdadera religiosidad no se conciliaba de ninguna manera con la servil renuncia á la independencia de carácter que el despotismo monárquico exigía á sus servidores y favoritos. Así vemos á Saint-Evremond, noble de Normandía, atacar con empeño directamente y valiéndose de la burla, los dogmas y usos de la Iglesia; y como éste habia muchos, entre ellos aquel conde de Grammont que mandó escribir en su epitafio que habia dejado á cargo de su esposa el cuidado de confesarse, de oír los sermones y de rezar por él. El alto clero francés, que todo se componia de hechuras y protegidos del rey, justificaba con su conducta todas las sátiras que en prosa y verso corrían entre el público. Ninguno de estos altos personajes del clero era mas inmoral y perverso que el arzobispo Harley de Paris, el perseguidor celosísimo de jansenistas, protestantes y quietistas á la menor señal que el rey se dignara darle; las muchas queridas que tenia eran sus agentes para la venta descarada de todos los beneficios y dignidades eclesiásticas que de él dependian. La prelación habia llegado á ser una sinecura que se ganaba haciendo vilmente la corte al monarca, y que una vez lograda, se gozaba pasando en la misma corte una vida voluptuosa y dilapidadora. Entonces figuraban ya en las comedias, con gran contentamiento y risotadas del público, aquellos caracteres de «abates», que en el siglo XVIII fueron el tipo favorito del público francés.

A los veinticinco años de su elevacion se bamboleaba ya sobre sus cimientos todo el gigantesco edificio del «gran rey del siglo», y esto solo á consecuencia de achaques y defectos interiores. Ni su ambicioso ideal de la supremacia universal francesa, ni siquiera su ideal mas reducido de su dominacion absoluta en el interior de su país, pudieron sostenerse á la larga.

CAPITULO V

LA EUROPA DESPUES DE LA PAZ DE RYSWYK

Cuando hubieron callado las bocas de fuego y hubo cesado el fragor de la lucha gigantesca; cuando se vió ya libre la Europa del peligro inmediato del dominio y supremacia de la Francia, los demás países que habian luchado en la gran coalicion uno al lado del otro, se encontraron en el caso de poner en orden cada uno sus propios asuntos interiores, harto confusos y desordenados.

La cabeza de la coalicion habia sido indudablemente la Inglaterra, que con la paz de Ryswyk acababa victoriosamente dos guerras, una interior y otra exterior. Por una parte la familia de los Estuardos, enemiga tradicional del sistema parlamentario y del protestantismo, quedó privada del auxilio poderoso de la Francia. Para el pueblo inglés fué grande esta victoria; Guillermo III habia subido al trono de Inglaterra como defensor de los fueros de la representacion nacional, y como tal, aunque con algunos amagos de resistencia, tuvo que reconocer la superioridad del parlamento sobre la corona, no solo en los asuntos interiores del país, sino hasta en la política exterior, donde solo conservó alguna

influencia por las circunstancias que concurrían en su persona, y aun así logró salir con sus planes solo valiéndose de rodeos. El trono inglés llevaba camino de reducirse á una mera abstraccion, á la simple personificacion de un sistema ó ideal de gobierno. Por otra parte habia salido tambien victoriosa de la lucha la forma del protestantismo especial, la Iglesia anglicana, que se habia desarrollado en Inglaterra. La poblacion católica no pasaba de un medio por ciento de la total, y las sectas protestantes disidentes se hallaban reducidas á un cuatro por ciento, porque muchos de sus adeptos habian vuelto á ingresar en la Iglesia del Estado despues de la gran revolucion puritana. A pesar de esto, no reinaban la concordia ni la paz en el país. En el campo de la política combatian tories y whigs, ó sea el partido conservador y legitimista y el liberal, amigo del progreso, que hasta habian originado una séria escision en la misma Iglesia oficial del Estado. En la Iglesia anglicana formaban un campo separado los sacerdotes y sus muchos partidarios que se resistían á jurar fidelidad á Guillermo III, á quien calificaban de usurpador. Estos sacerdotes se consideraban como la Iglesia legítima, y combatían con las simpatías del clero anglicano mas ortodoxo y petrificado. La parte restante del clero, tolerante y conciliadora, conservaba el contacto con el clero de las sectas disidentes y se esforzaba en desnudar el culto protestante de todas las formas y ceremonias católicas. Los primeros que formaban lo que llamaban la *alta iglesia* (*high church*) se identificaban con el partido tory; y los segundos que formaban la *iglesia inferior* (*low church*) eran del partido whig. Diferencias dogmáticas casi no existían entre ambos partidos; la cuestion principal giraba al rededor de meras formas, de personas y de opiniones políticas; pero cuanto mas fútiles eran las cuestiones que dividían á un clero del otro; cuanto menos motivo tenían para divorciarse y formar verdaderas iglesias distintas, tanto mas apasionada era la lucha en el palenque en el cual se movían ambos contrarios, que no estaban oficialmente separados.

El partido tory y de la alta iglesia buscaba sus adeptos principalmente en la clase de los propietarios rurales medianos y pequeños, que entonces todavia eran muchos en Inglaterra, cuyas rentas consistían en su mayoría en productos agrícolas y apenas manejaban dinero, que circulaba muy poco entre la poblacion rural. Estas familias, ligadas á su terruño, eran poco instruidas; habian sido poco molestadas por los grandes cambios políticos y sociales, y eran naturalmente tan enemigas de toda innovacion, como adictas á las tradiciones antiguas y á lo existente. Eran el verdadero partido conservador del país, que solo pedía paz y tranquilidad para no salir de su vida cómoda y rutinaria.

Sus contrarios, los whigs, no tenían entonces el carácter que hoy se atribuye á este partido; no tenían nada de liberales en el sentido que hoy se da en política á esta palabra. A su cabeza estaba la alta nobleza, que no abrigaba ningun propósito de favorecer los intereses populares; todos sus esfuerzos se dirigían á disminuir el poder y la influencia de la corona, y aumentar en proporcion su intervencion en el gobierno del país. Esta nobleza no contenta con formar la cámara alta, procuraba tambien dar asiento en la baja ó de los diputados á sus hijos segundos y á sus parientes, aprovechando todos los medios que su posicion social le facilitaba en las elecciones. A estos whigs aristocráticos se habian unido los grandes capitalistas y la gente enriquecida en esa clase de negocios que solo prosperan en épocas de confusion y de innovaciones, al revés de los propietarios conservadores rurales. Formaban ya en partidos opuestos la propiedad territorial y el capital; la paz y la guerra, porque los whigs solo podían lograr sus fines mientras durase la guerra con

el aliado de Jacobo II, la Francia, que daba ocasion á la alta aristocracia para asegurar y ensanchar su posicion, y á los capitalistas para hacer grandes contratas y lucrativos empréstitos. Verdad es que los whigs escribieron en su bandera un espléndido programa liberal; pero esta fué solo mera apariencia, pues que todo el siglo XVIII, durante el cual casi siempre este partido se encontró á la cabeza de los negocios públicos, no es mas que un período estacionario y completamente estéril en la historia del desarrollo constitucional de Inglaterra. La única tendencia liberal que mostró el partido whig fué cierto grado de tolerancia religiosa y política, tolerancia exigida por su posicion revolucionaria y por sus muchos partidarios entre la poblacion liberal de las ciudades.

La inmensa mayoría del pueblo inglés era de opiniones conservadoras, sin que por esto pensara en perder las «gloriosas conquistas» de la revolucion. A esta circunstancia debieron los whigs el continuar en el gobierno durante la guerra y mientras duraban las intrigas y conspiraciones de los jacobitas, algunos de los cuales urdieron en 1696 una verdadera conspiracion contra la vida del rey Guillermo que si no fué directamente aprobada por Jacobo II y Luis XIV, tampoco fué desaprobada por ellos cuando se les comunicó el plan. A última hora descubrió toda la trama un católico irlandés, agradecido á la benevolencia con que Guillermo habia tratado á sus paisanos y correligionarios. La noticia produjo en toda la nacion una agitacion general muy grande; el peligro inminente en que habia estado el hombre que representaba los principios nacionales abrió á todos los ojos sobre lo mucho que importaba su vida á todo el país. Formóse una alianza nacional, saliendo el primer impulso del mismo parlamento, para la proteccion de la vida del rey, y para vengar su muerte si á pesar de todo fuese víctima de la alevosía de sus enemigos. En esta alianza afligió la mayor parte del pueblo inglés.

La paz de Ryswyk vino á turbar esta buena inteligencia entre la nacion y el rey, porque al mismo tiempo que dispuso el temor de una victoria de los jacobitas, los demás resultados no correspondían en manera alguna á los sacrificios inmensos y duraderos que la guerra habia impuesto al pueblo inglés. Esto produjo en las elecciones una mayoría tory en la cámara de diputados. Por otra parte queria Guillermo conservar el ejército en pié de guerra para estar siempre preparado contra nuevos humos de supremacia del rey de Francia y para los acontecimientos que indispensablemente habian de nacer de la cuestion de sucesion al trono de España. A esto contestó la mayoría de la cámara baja, compuesta de tories y de algunos whigs exaltados, votando la reduccion del ejército á 7,000 hombres, con lo cual quedaba la Inglaterra en punto á fuerza militar al nivel de un pequeño principado alemán, y esto en una época en que Luis XIV tendía á eludir algunas de las condiciones mas trascendentales de la paz de Ryswyk.

La causa de tan gran reduccion era la aversion de la nacion inglesa á todo ejército permanente y el deseo de aliviar al pueblo de la carga tributaria. Lo peor era que debían licenciarse cabalmente con preferencia los muchísimos holandeses y emigrados franceses que figuraban en el ejército inglés y á los cuales estaba particularmente agradecido el rey. Tan incómoda se iba haciendo la posicion de Guillermo en vista de la creciente preponderancia de los tories aliados con los whigs mas avanzados, que llegó á meditar el plan de renunciar la corona y abandonar la Inglaterra á su suerte. No parecia sino que allí era absolutamente imposible toda avenencia y armonía entre el parlamento y el rey.

Desde la restauracion, es decir, desde 1660, la Escocia y la Irlanda habian recobrado sus parlamentos particulares